

# La espiritualidad adulta de *Amoris laetitia*

F. Javier de la Torre Díaz  
*Universidad P. Comillas (Madrid)*

Recibido el 9 de julio  
Aceptado 30 de julio

RESUMEN: *Amoris laetitia* supone la emergencia de un nuevo paradigma teológico. El artículo estudia, capítulo a capítulo de la exhortación, los rasgos más novedosos que se muestran más significativos para una espiritualidad adulta, laical y matrimonial. Lo que aparece en el centro es un dinamismo del espíritu desde la limitación, la dificultad y la vulnerabilidad.

PALABRAS CLAVE: Fragilidad, realismo, dinamismo, discernimiento, conciencia.

## The Adult Spirituality of *Amoris laetitia*

SUMMARY: *Amoris laetitia* represents the emergence of a new theological paradigm. The article studies, chapter by chapter of the exhortation, the novel features which are most significant for an adult, lay and matrimonial spirituality. What emerges from the center of this paradigm is a dynamism of the spirit arising from limitation, difficulty and vulnerability.

KEY WORDS: Fragility, realism, dynamism, discernment.

*Amoris laetitia* (AL) es el primer texto magisterial que dialoga con los casados de modo adulto. En sus páginas no se encuentra rastro alguno de ese paradigma piano (Pío VII-Pío XII) caracterizado

por una Iglesia jerárquica y clerical, poseedora de la verdad, que de manera vertical señala doctrinalmente lo que son las cosas<sup>1</sup>.

AL ya no se confronta, como lo hizo *Gaudium et Spes* y *Humanae vitae*, con la encíclica *Casti connubii* (1930). Es un escrito claramente postconciliar<sup>2</sup>, donde uno descubre un diálogo adulto en muchos planos, también en el espiritual. AL, como ha afirmado el cardenal Schönborn, es una innovación lingüística en el magisterio reciente que tiene como una de sus novedades la capacidad de romper un estilo formal y en muchos momentos adquirir un carácter íntimo y profundo.

AL es fruto de una persona que ha escuchado a muchas parejas y familias desde el corazón. El papa mandó un cuestionario a las diócesis para preparar el sínodo y conocer la opinión de las parejas. En el sínodo hablaron los obispos y algunos laicos. El papa todo este tiempo estuvo escuchando<sup>3</sup>. AL es fruto de un magisterio de amplia escucha. De hecho en más de un centenar de ocasiones, AL remite al Sínodo.

En este artículo no podemos abordar todos los puntos de un texto tan rico. Sólo subrayaremos los aspectos más novedosos dentro del desarrollo magisterial. Este abordaje lo realizaremos sistemáticamente, capítulo a capítulo, buscando esa espiritualidad que subyace en cada perspectiva. Los grandes libros tienen su dinámica interna y son la invitación a un viaje. No se puede comprender la profundidad de sus expresiones si no se capta el dinamismo interno.

#### PÓRTICO DE ENTRADA. EL AMOR INUNDA EL MUNDO

«La alegría del amor que se vive en las familias es también el júbilo de la Iglesia... el deseo de familia permanece vivo» (1).

<sup>1</sup> Cf. K. RAHNER, *Tolerancia-Libertad-Manipulación*, (Barcelona: Herder, 1978), 138.

<sup>2</sup> Llama poderosamente la atención que en este largo escrito sólo se cite a Pío XI una vez (AL 75) y a Pío XII otra vez (AL 215). De hecho en la tercera parte cuando se habla de la doctrina del Magisterio sobre el matrimonio y la familia comienza sus reflexiones en el Concilio Vaticano II.

<sup>3</sup> Cf. W. KASPER, *El mensaje de Amoris laetitia. Un debate fraterno*, (Santander: Sal Terrae, 2018), 24.

La exhortación parte de dos experiencias vivas de alegría: la alegría del amor que se vive en las familias y la Iglesia alegrándose por las alegrías de la familia. AL parte de una mirada gozosa y positiva de la realidad y no de funestos análisis sobre la crisis de la familia. Hay mucho amor a los otros, en las familias y en el mundo. Hay mucho amor y ese amor inunda el corazón iniciando la exhortación con un sentido sentimiento de alegría. La primera invitación es a reconocer el amor en el corazón de las familias, a descubrir que el deseo de ser familias permanece vivo. Esa mirada que percibe y siente el amor es una mirada contemplativa que no es muy frecuente encontrar. «El amor al otro implica ese gusto de contemplar y valorar lo bello y sagrado de su ser personal (...) Muchas heridas y crisis se originan cuando dejamos de contemplarnos» (127). Esa mirada que descubre el amor, que contempla, es la que ensancha el corazón llenándolo de alegría: «La alegría se refiere a la dilatación del corazón, amplía la capacidad de gozar» (126).

La primera actitud espiritual que pide AL es tener la profundidad de sentir el amor vivo en tantas familias, el deseo vivo de ser familia, de vivir en familia. El papa invita a una mirada positiva a la realidad. Ser adulto es no tener miedo de sentir la alegría, es reconocer el mucho amor que hay en el mundo y en el corazón de las familias. ¿Es que no lo sentimos?

#### LA PALABRA QUE ACOMPAÑA. ESCUCHAR LOS SÍMBOLOS DE FONDO

Para el papa Francisco, ya desde Aparecida, lo primero no son análisis de la realidad. Los creyentes entramos en el mundo no analizando sino como discípulos. En julio de 2013, Francisco regresó a Brasil como papa y ante los líderes del CELAM señaló «una tentación que se dio en la Iglesia desde el principio: buscar una hermenéutica de interpretación evangélica fuera del mismo mensaje del Evangelio y fuera de la Iglesia», y recordó cómo en Aparecida se tuvo en un momento la tentación de «optar por un “ver” totalmente aséptico, un “ver” neutro, lo cual es inviable. Siempre el ver está afectado por la mirada. No existe una hermenéutica aséptica. La pregunta era entonces: ¿con qué mirada vamos a ver la realidad? Aparecida respon-

dió: con mirada de discípulo»<sup>4</sup>. Desde los ojos de la fe es como hay que entrar en la realidad. Por eso lo primero es situarnos como oyentes de la palabra.

La espiritualidad del cristiano adulto es, para Bergoglio, la de la escucha de la palabra. Pero esa escucha de la palabra no es sólo un asunto individual sino que se intenta vivir en familia. La Biblia, como muestra la primera parte de AL, es un libro de familias y de historias familiares que tocan el corazón. «La Biblia está poblada de familias, de generaciones, de historias de amor y de crisis familiares, desde la primera página... hasta la última página» (8).

La espiritualidad bíblica que refleja la AL es una espiritualidad enraizada en los primeros capítulos del Génesis, en lo originario y fontal, que no es otra cosa que el ser-dos, ser pareja. En el principio fue el vínculo. Esa pareja «que ama y genera vida», que es verdadera «escultura» viviente, es el verdadero «símbolo de las realidades íntimas de Dios» (11). Frente a una insistencia excesiva de lo procreativo, Francisco detiene su atención en la «ayuda recíproca», en la «relación directa, casi frontal -los ojos en los ojos-(...) Es el encuentro con un rostro, con un tú que refleja el amor divino» (12). Por eso es una espiritualidad del rostro. Es el encuentro de una fortuna, de una ayuda semejante, de una columna de apoyo (Si 36,24). «El matrimonio es un signo precioso (...) Dios, por decirlo así, se “refleja” en ellos, imprime en ellos los propios rasgos y el carácter indeleble de su amor. El matrimonio es la imagen del amor de Dios por nosotros» (121).

Pero este ser símbolo de la intimidad divina no sólo lo es la pareja sino la familia. «El Dios Trinidad es comunión de amor, y la familia es su reflejo viviente». Y citando a Juan Pablo II recuerda: «Nuestro Dios, en su misterio más íntimo, no es una soledad, sino una familia puesto que lleva en sí mismo paternidad, filiación y la esencia de la familia que es el amor»<sup>5</sup>. «La familia no es pues algo ajeno a la misma esencia divina». En varios momentos de AL vuelve sobre esta cuestión. «La sagrada Escritura y la Tradición revelan la Trinidad con

<sup>4</sup> A. IVEREIGH, *El gran reformador. Francisco, retrato de un papa radical*, (Madrid: Ediciones B, 2015), 402-403.

<sup>5</sup> JUAN PABLO II, Homilía en la Eucaristía celebrada en Puebla de los Ángeles, 28 de enero 1979, 2: AAS 71(1979), 184.

características familiares» (71)<sup>6</sup>. La familia es comunión de personas y en la familia «madura la primera experiencia eclesial de la comunión entre personas, en la que se refleja, por gracia, el Misterio de la Santa la Trinidad». En medio de este tejido familiar es donde se aprende a trabajar, amar, perdonar, orar y ofrecer la propia vida (86).

Este ser escultura, símbolo, reflejo de lo divino, es lo que funda la espiritualidad doméstica. Recordando cómo en el NT las iglesias se reunían en casas, el papa afirma que el «espacio vital de una familia se podía transformar en una Iglesia doméstica, en sede de la Eucaristía, de la presencia de Cristo sentado a la misma mesa» (15). Por eso los padres son los primeros maestros de la fe en «una tarea artesanal de persona a persona» (16).

La espiritualidad bíblica del papa es profundamente realista y se enraíza en la tierra del sufrimiento. Las familias pueden ser también un lugar de dolor que rompe esa imagen y símbolo divino<sup>7</sup>. Francisco habla de «un sendero de sufrimiento y sangre que atraviesa muchas páginas de la Biblia» (20), de una «realidad amarga que marca todas las Escrituras. Es la presencia del dolor, del mal, de la violencia que rompen la vida de la familia y su íntima comunión de vida y amor» (19). Esta dimensión oscura se encuentra en Caín y Abel, los litigios entre los hijos y las esposas de los patriarcas, en David, en la confesión de Job abandonado (20), en la vida de Jesús y en sus parábolas (21). Por eso el papa reconoce que la palabra de Dios puede mostrarse como una «compañera de viaje también para las familias que están en crisis o en medio de algún dolor y les muestra la meta del camino» (22). Acoger la palabra de Dios como compañera en mitad de la crisis y del dolor refleja una bella mirada a la Biblia como luz, consuelo y calor.

Por eso la espiritualidad adulta que ofrece este primer capítulo es una espiritualidad que medita en el corazón las quebradas historias familiares para encontrar allí la mano de Dios. Se trata de reconocer la mano de Dios no tanto en las líneas rectas y ascendentes sino en los «renglones torcidos». Es la espiritualidad de María y de tantas perso-

<sup>6</sup> Las referencias a la Trinidad aparecen en AL en 11 ocasiones: 11, 29, 59, 63, 71, 86, 161, 290, 314, 324, 325.

<sup>7</sup> Cf. J. DE LA TORRE, *Jesús de Nazaret y la familia*, (Madrid: San Pablo, 2014), 24-48.

nas que rumian en el silencio del corazón el sentido de tantas fracturas familiares intentando descubrir un poco de luz: «Ante cada familia se presenta el icono de la familia de Nazaret, con su cotidianeidad hecha de cansancios y hasta de pesadillas (...). Como María son exhortadas a vivir con coraje y serenidad sus desafíos (...) y meditar en el corazón las maravillas de Dios. En el tesoro del corazón de María están también todos los acontecimientos de cada una de nuestras familias, que ella conserva cuidadosamente. Por eso puede ayudarnos a interpretarlos para reconocer en la historia familiar el mensaje de Dios» (30).

#### LAS LLAMADAS DEL ESPÍRITU QUE RESUENAN EN LA HISTORIA

El cardenal Schönborn cuenta cómo en el Sínodo de octubre de 2015, «dos de los trece *circuli minores* comenzaron su trabajo haciendo que cada participante contase su propia situación familiar. Pronto se descubrió que casi todos los obispos o participantes del *circulus minor* enfrentaban, en sus familias, los temas, las preocupaciones, las “irregularidades” de las cuales, nosotros en el Sínodo, habíamos hablado de forma algo abstracta. El papa Francisco nos invita a hablar de nuestras familias “tal cual son”»<sup>8</sup>. Esta atención a la realidad concreta les cambió la perspectiva y les hizo reconocer que habían atendido excesivamente al ideal y que no habían tenido un trato adecuado con las personas.

La espiritualidad de Bergoglio es una espiritualidad de lo concreto y la historia. Es una espiritualidad que después de escuchar la palabra y confrontarse con el sufrimiento, mira al mundo, como Ignacio de Loyola en la meditación de la encarnación en los ejercicios espirituales:

«Es sano prestar atención a la realidad concreta, porque las exigencias y llamadas del Espíritu Santo resuenan también en los acontecimientos mismos de la historia, a través de los cuales la Iglesia puede ser guiada a una comprensión más profunda del inagotable misterio del matrimonio y la familia» (31)<sup>9</sup>.

<sup>8</sup> CH. SCHÖNBORN, Presentación oficial de *Amoris laetitia*, en PAPA FRANCISCO, *La alegría del amor*, (Mensajero: Bilbao, 2016), 22-23.

<sup>9</sup> El papa nos ofrece desde su mirada lo que son lugares especiales del Espíritu: “*Quiero subrayar que la atención dedicada tanto a los migrantes como a las personas con discapacidades es un signo del espíritu*” (47), admi-

Esa mirada al mundo en la segunda parte de AL le hace descubrir fracturas y fragmentos donde en lo originario había vínculos y alianzas. La fragilidad de las familias y de los vínculos es un elemento central para comprender AL. La vulnerabilidad de las familias se refleja en diversas dimensiones. Espacialmente, el individualismo exasperado «desvirtúa los vínculos familiares y acaba por considerar a cada componente de la familia como una isla» (33). Temporalmente, la familia «puede convertirse en un lugar de paso, al que uno acude cuando le parece conveniente» (34). Estructuralmente, el ritmo de vida actual, el estrés, la organización social y laboral «ponen en riesgo la posibilidad de opciones permanentes» (33). Esto conforma una cultura actual de lo provisorio, con un temor a lo permanente, narcisista, que no promueve el amor y la entrega (39).

Ante esta realidad que descubre el discípulo, en sí y en su alrededor, hay que ir más allá de la denuncia de males y de imponer normas (35), de presentar ideales abstractos (36) o una «doctrina fría y sin vida» (59). Lo que hay que hacer no es presentar teorías, ideales, normas, reflexiones sino abrirse a la gracia y escuchar la voz del espíritu que resuena en la conciencia y su discernimiento.

«Durante mucho tiempo creímos que con solo insistir en cuestiones doctrinales, bioéticas y morales, sin motivar la apertura a la gracia, ya sosteníamos suficientemente (...) Tenemos dificultad para presentar el matrimonio más como un camino dinámico de desarrollo y realización que como un peso a soportar toda la vida. También nos cuesta dejar espacio a la conciencia de los fieles, que muchas veces responden lo mejor posible al Evangelio en medio de sus límites y pueden desarrollar su propio discernimiento ante situaciones donde se rompen todos los esquemas. Estamos llamados a formar las conciencias, pero no a pretender sustituirlas» (37).

Es muy significativo que el papa señale que no algunas veces sino «muchas veces» responden los fieles evangélicamente en mitad de las dificultades desde su «propio» discernimiento. Esta apertura a la gracia y la conciencia que discierne refleja una espiritualidad del camino que avanza paso a paso amando desde su limitación. «Doy gracias a Dios porque muchas familias que están lejos de considerarse perfec-

ramos una “obra del Espíritu en el reconocimiento más claro de la dignidad de la mujer y de sus derechos” (54).

tas, viven en el amor, realizan su vocación y siguen adelante, aunque caigan muchas veces a lo largo del camino» (57). «Cada familia, a pesar de su debilidad, puede llegar a ser una luz en la oscuridad del mundo» (66). «La fuerza de la familia reside esencialmente en su capacidad de amar y enseñar a amar» (53). La fuerza del espíritu se derrama en mitad de la fragilidad. Mirar como Dios supone reconocer que hay amor, vocación, luz, gracia en mitad de la limitación.

#### LA VOCACIÓN A LA FAMILIA Y EL DON DEL MATRIMONIO

##### *a) Vivir en el don*

La tercera parte de AL subraya como ningún otro documento que el matrimonio es una vocación, un don<sup>10</sup>. El matrimonio no es el estado normal, ni la opción que se elige cuando no se tiene vocación religiosa o sacerdotal. El matrimonio es una llamada de Dios, un don divino, un regalo, una gracia que hay que «cuidar» (61). Por eso la indisolubilidad «no hay que entenderla como un yugo impuesto a los hombres sino como un don» (62). «Quien está enamorado no se plantea que esa relación pueda ser solo por un tiempo; quien vive intensamente la alegría de casarse no está pensando en algo pasajero» (123). Pero «prometer un amor para siempre es posible cuando se descubre un plan que sobrepasa los propios proyectos, que nos sostiene y nos permite entregar totalmente nuestro futuro a la persona amada» (124).

El sacramento «no es una convención social, un rito vacío (...) es un don (...) es una vocación (...) debe ser fruto de un discernimiento vocacional» (72). De ahí «la centralidad del consentimiento del varón y de la mujer, que es lo que de por sí establece el vínculo sacramental» y de la necesidad de «resaltar la importancia de la bendición sobre los contrayentes como signo del don del espíritu» (75). El capítulo también termina haciendo referencia al don al tratar de los hijos. El hijo nace del don recíproco pues el amor no se cierra sobre sí (80). El hijo no es un derecho sino un don que es fruto del amor conyugal de sus padres.

<sup>10</sup> Cf. F. TORRALBA, *La lógica del don*, (Madrid: Khaf, 2012).

### b) *La analogía imperfecta*<sup>11</sup>

En tres momentos de esta Exhortación apostólica, el papa subraya que el sacramento es un signo imperfecto y una analogía imperfecta. El sacramento «como signo imperfecto del amor entre Cristo y la Iglesia [...] debe ser fruto de un discernimiento vocacional» (72). Aunque «la analogía entre la pareja marido-mujer y Cristo-Iglesia» es una analogía imperfecta, «invita a invocar al Señor para que derrame su propio amor en los límites de las relaciones conyugales» (73). La consecuencia pastoral es clara: «No hay que arrojar sobre dos personas limitadas el tremendo peso de tener que reproducir de manera perfecta la unión que existe entre Cristo y la Iglesia», porque el matrimonio como signo implica «un proceso dinámico que avanza gradualmente con la progresiva integración de los dones de Dios» (122).

Teológicamente, en el magisterio anterior no se había dicho tan claramente que se trataba de una analogía imperfecta. El símbolo «propositivo» de la unión Cristo-Iglesia (Ef. 5) no puede ser usado como una norma sancionadora con enorme peso y exigencia desproporcionada sobre la vida cristiana de ciertas parejas y matrimonios. J. Ratzinger ya entendió la relación sponsal de Cristo con su Iglesia como una relación que es dinámica y desigual. La entrega de Cristo por su Iglesia es definitiva, pero la entrega de la Iglesia a Cristo está sometida a la tentación y no siempre es fiel. Es una relación entre dos realidades desiguales. Esta profundización del Magisterio tiene consecuencias muy importantes para evitar una espiritualidad idealista y normativista que olvida que nunca llegamos a la cima y a la perfección.

### c) *Las semillas del Verbo*

Otra importante profundización teológica con importantes consecuencias para la espiritualidad es que el papa aplica el concepto de «semillas del Verbo» del ámbito de la revelación a los matrimonios y modelos de pareja presentes en otras culturas y en otras tradiciones. El papa invita al cristiano adulto a aprender a ver semillas, crecimen-

<sup>11</sup> Seguimos en los puntos b, c y d.: J. DE LA TORRE, *La alegría del amor. Una invitación a vivirla y trabajarla en grupos y familias*, (PPC: Madrid, 2017), 69-76.

tos, situaciones embrionarias, a veces fuera de nosotros, y valorarlas positivamente. Este modelo, que se utiliza en el diálogo interreligioso, lo aplica a las familias.

«El discernimiento de la presencia de los *semina Verbi* en las otras culturas también se puede aplicar a la realidad matrimonial y familiar. Fuera del verdadero matrimonio natural hay elementos positivos en las formas matrimoniales de otras tradiciones religiosas, aunque tampoco faltan las sombras [...] una familia que enseña a los niños a alegrarse por cada acción que tenga como propósito vencer el mal [...] encontrará gratitud y estima, no importando el pueblo, o la religión o la región a la que pertenezca» (77). «El Evangelio de la familia alimenta también estas semillas que todavía esperan madurar, y tiene que hacerse cargo de los árboles que han perdido vitalidad y necesitan que no se les descuide» para que «sean conducidos pacientemente más allá» (76).

Este fundamento teológico, tan central en el Concilio Vaticano II, se arraiga en *Lumen gentium* 5, que afirmó que fuera de la estructura de la Iglesia «se encuentran diversos elementos de santificación y verdad», y en *Nostra aetate* 2, que señaló la presencia de elementos de verdad y santidad en otras religiones. El informe para el debate del Sínodo de 2014 (*Relatio ante disceptationem*, 20) reconoció «semillas del Verbo dispersas más allá de sus confines visibles y sacramentales» en el caso del enlace civil, las parejas de hecho o las convivencias.

Pero fue el cardenal Schönborn el que propuso el concepto semillas del Verbo como clave de lectura de la realidad. Este enfoque supone un cambio de paradigma. El cardenal vienés confesó que había padecido el divorcio de sus padres y sus abuelos, y que sabía como pocos qué era pertenecer a una familia *patchwork* (retazo, parche). Por eso tuvo la ocasión de reconocer, como lo hizo Jesús, elementos de verdad en situaciones no ideales ni perfectas. El purpurado contó la historia de una mujer que había sido prostituta y de un varón que vivían debajo de un puente en París, y que, sin estar casados ni frecuentar la Iglesia, se trataban con cariño y ternura en mitad de su vida dura y difícil, se ayudaban mutuamente y se socorrían en medio de tanta desolación.

Lo primero no es la norma sino percibir lo divino en esas circunstancias. Lo central es una promesa de salvación ofrecida a todos y de la que participan muchos más allá de las fronteras de la Iglesia. Este

cambio teológico-dogmático es el que fundamenta la teología pastoral del papa Francisco, que sabe, como Jesús, reconocer la presencia de Dios en las circunstancias y situaciones concretas, en las inquietudes y gozos, en las alegrías y penas de la gente (GS 1), y no en conceptos elaborados, en libros de teología o verdades abstractas. Una espiritualidad adulta, por lo tanto, es aquella que es capaz de percibir semillas, brotes, alientos del espíritu en esos lugares, culturas, personas diversas y aparentemente alejadas de Dios.

#### *d) La pedagogía divina: la gradualidad*

Una importante consecuencia para la espiritualidad adulta es la insistencia frecuente del papa en la pedagogía divina y en la gradualidad.

«Con el enfoque de la pedagogía divina, la Iglesia mira con amor a quienes participan en su vida de modo imperfecto: pide para ellos la gracia de la conversión; les infunde valor para hacer el bien, para hacerse cargo con amor el uno del otro [...] Cuando la unión alcanza una estabilidad notable mediante un vínculo público y está connotada de afecto profundo, de responsabilidad por la prole, de capacidad de superar las pruebas, puede ser vista como una oportunidad para acompañar hasta el sacramento del matrimonio allí donde sea posible» (78).

Esta pedagogía divina lleva a una espiritualidad adulta positiva que descubre valores en medio de la limitación y la dificultad aunque sea de modo latente o embrionario. Pero el principio de gradualidad no es un instrumento solo para este tipo de situaciones, sino un «principio misericordia». Los mismos apóstoles fueron comprendiendo poco a poco el significado del Reino de Dios y el significado de la persona de Jesús. La gradualidad implica no solo aprender a mirar la meta, sino descubrir que hacia ella nos acercamos dando un paso detrás de otro. La gradualidad además ayuda a superar los esquemas dicotómicos que tan poco gustan al papa Francisco: dentro/fuera, ideal perfecto/realidad imperfecta, en situación regular/irregular. La gradualidad pone a todos en camino hacia el centro, que es «Cristo, que atrae a todos» hacia él por caminos que no siempre podemos entender (GS 22). Esto es fundamental en el tema matrimonial y familiar, donde el magisterio de la Iglesia ha tendido a ofrecer una imagen muy elevada e ideal del matrimonio.

«Hemos presentado un ideal teológico del matrimonio demasiado abstracto, artificiosamente construido, lejano de la situación concreta y de las posibilidades efectivas de las familias reales. Esta idealización excesiva, sobre todo cuando no hemos despertado la confianza en la gracia, no ha hecho que el matrimonio sea deseable y atractivo, sino todo lo contrario» (36).

Esta mirada adulta es la que lleva «a discernir bien las situaciones, pues puede haber factores que limitan la capacidad de decisión» y «evitar los juicios que no toman en cuenta la complejidad de las diversas situaciones» pues «hay que estar atentos al modo en que las personas viven y sufren a causa de su condición» (79). Una espiritualidad adulta no exige demasiado ni realiza juicios simples sino que capta cómo viven las personas en la complejidad de las situaciones. Supone ir más allá de las apariencias y saber ver brotes, semillas, procesos, dones en lo limitado e imperfecto. ¿No es lo que hacía Jesús con la samaritana, con Zaqueo, con la adúltera, con las prostitutas, con los pecadores, con la mujer siro-fenicia?

#### ESPIRITUALIDAD DE LA COTIDIANEIDAD. LOS ACORDES COTIDIANOS

La cuarta parte de AL es una invitación a cultivar una espiritualidad de la cotidianidad. Ese amor cotidiano, que refleja el famoso poema de Benedetti citado por el papa, se va perfilando en esa inigualable exégesis del texto paulino de 1 Cor 13 que desarrolla Francisco. Su exégesis es poco romántica. El verdadero amor es el amor concreto, encarnado, abajado, limitado dentro de un contexto, humilde. Es un amor centrado en el otro: paciente, servicial, generador de vínculos, cultivador de lazos, creador de nuevas redes, de sentidos de pertenencia, desprendido, que perdona siempre. Pero lo que más llama la atención es que en su cotidianidad es un amor que se alegra con los demás, que disculpa, que cuida la imagen de los demás, que confía, que espera que el otro puede cambiar y madurar pues siempre cabe un sorpresivo brote de belleza, que las potencialidades más ocultas del otro germinen algún día. Es un amor, como dice nuestro poeta Salinas, que quiere «sacar / de ti tu mejor tú. / Ese que no te viste y que yo veo». Nunca en el Magisterio se había escuchado a un papa bucear con tanta hondura entre los pliegues del amor humano.

Pero esa espiritualidad del amor cotidiano convive con la imperfección. El amor real es el que ama lo limitado, encarnado, terreno. Es todo lo opuesto de un amor platonizante.

«Todos somos una compleja combinación de luces y sombras (...) (Al otro) no le exijo que su amor sea perfecto para valorarlo. Me ama como es y como puede, con sus límites, pero que su amor sea imperfecto no significa que sea falso o que no sea real. Es real, pero limitado y terreno. Por eso, si le exijo demasiado, me lo hará saber de alguna manera, ya que no podrá ni aceptará jugar el papel de un ser divino ni estar al servicio de mis necesidades. El amor convive con la imperfección, la disculpa y sabe guardar silencio ante los límites del ser amado» (113).

El papa es enormemente realista y sabe de lo perjudicial de muchos idealismos y perfeccionismos. «No hacen bien algunas fantasías sobre un amor idílico y perfecto, privado así de todo estímulo para crecer (...). Es más sano aceptar con realismo los límites, los desafíos o la imperfección y escuchar el llamado a crecer juntos» (135).

El amor cotidiano busca crecer en la caridad conyugal (120) a través de un amor de gestos y actos concretos. El amor de amistad unifica, ayuda, cultiva constantemente gestos que expresan el amor, sin mezquindad, llenos de palabras generosas como «permiso, gracias, perdón» (133). Sólo podemos crecer respondiendo a la gracia divina con actos de amor y cariño cada vez «más frecuentes, más intensos, más generosos» (134).

Una concreción esencial es cultivar una espiritualidad del diálogo. Pues somos dos, el «diálogo es una forma privilegiada e indispensable de vivir (...) supone un largo y esforzado aprendizaje» (136). Supone darse tiempo de calidad, escuchar con paciencia y atención (137), desarrollar el hábito de dar importancia real al otro (138), tener una amplitud mental para no encerrarse con obsesión en unas pocas ideas, ser flexible para poder modificar o completar las propias opiniones (139), tener gestos de preocupación por el otro y demostraciones de afecto (140). Pero para que el diálogo valga la pena hay que tener algo que decir, y eso requiere una riqueza interior que se alimenta en la lectura, la reflexión personal, la oración y la apertura a la sociedad (141).

La espiritualidad de lo cotidiano se concreta en una profunda valoración de las emociones, los afectos y las pasiones. Francisco no

habla de un amor imperturbable sino de un amor apasionado. Los deseos, sentimientos, emociones tienen un lugar importante en el matrimonio (143). Jesús, como verdadero hombre, vivía las cosas con una carga de emotividad (144). Dios ama el gozo de sus hijos y creó todo para que lo disfrutemos (1 Tim 6,17). Francisco suele citar con frecuencia el texto de la Escritura: «Hijo, trátate bien... No te prives de pasar un día feliz» (Si 14,11.14). Dios mismo creó la sexualidad que es un regalo maravilloso (150). «De ninguna manera podemos entender la dimensión erótica del amor como un mal permitido o como un peso a tolerar por el fin de la familia, sino como don de Dios que embellece el encuentro de los esposos» (152). Por eso no extraña que llegue a afirmar en una de sus expresiones más innovadoras con respecto a nuestra tradición: «Por algo será que un amor sin placer ni pasión no es suficiente para simbolizar la unión del corazón humano con Dios» (142)

Pero ser adulto implica educar los afectos. «La educación de la emotividad y del instinto es necesaria, y para ello a veces es indispensable ponerse algún límite. El exceso, el descontrol, la obsesión por un solo tipo de placeres, terminan por debilitar y enfermar al placer mismo» (148). Esta educación de las pasiones y la sexualidad implica madurar la espontaneidad, discernir los impulsos del corazón, aprender el significado esponsalicio del cuerpo, «humanizar los impulsos» (151). Por eso es necesaria una positiva y prudente educación sexual que en el marco del amor es un camino de autoconocimiento, auto-dominio y de encuentro (280). El papa anima a cultivar diversas expresiones de amor, cuidado, ternura, comunicación (283) pues hay que educar los deseos para entregarse de verdad (284).

La educación de los afectos culmina en la entrega honda al otro y en una espiritualidad de la elección. Hay aquí profundas resonancias ignacianas. La prolongación de la vida conlleva la necesidad de elegirse una y otra vez. Y puesto que no podemos prometer tener los mismos sentimientos durante toda la vida, en mitad de los conflictos y los cambios, se puede mantener viva la decisión de amar, de pertenecerse, de compartir la vida entera (163).

#### ESPIRITUALIDAD DE LA FECUNDIDAD AMPLIADA

En la quinta parte descubrimos una profunda espiritualidad de la generosidad y de la generación de vida. El amor siempre da vida, va

más allá (165), es fecundo. Cada nueva vida nos permite descubrir la dimensión más gratuita del amor que jamás deja de sorprender, del amor de Dios que siempre toma la iniciativa (166). Por eso lo primero y más fundamental es acoger con amor:

«Si un niño llega al mundo en circunstancias no deseadas, los padres, u otros miembros de la familia, deben hacer todo lo posible por aceptarlo como don de Dios y por asumir la responsabilidad de acogerlo con apertura y cariño (...) Ningún sacrificio de los adultos será considerado demasiado costoso o demasiado grande, con tal de evitar que ningún niño piense que es un error, que no vale nada» (166). «Algunos padres sienten que su niño no llega en el mejor momento. Les hace falta pedirle al Señor que los sane y los fortalezca para aceptar plenamente a ese hijo, para que puedan esperarlo de corazón (...) los hijos son un don. Cada uno es único e irreplicable (...) El amor de los padres es instrumento del amor del Padre Dios que espera con ternura el nacimiento de todo niño, lo acepta sin condiciones y lo acoge gratuitamente» (170).

Por eso, citando al papa Juan Pablo II, afirma que la paternidad responsable no es procreación ilimitada o falta de conciencia sino usar su libertad inviolable de modo sabio y responsable (167). El papa señala aquí los elementos clave para el cristiano adulto en sus decisiones de planificar la familia: responsabilidad, respeto, conciencia. No da soluciones sino invita a discernir. No habla de métodos sino de criterios morales<sup>12</sup>.

El papa es consciente que el embarazo es una época difícil pero también es un tiempo maravilloso. Francisco recuerda que «cada mujer participa del misterio de la creación que se renueva en la generación humana (...) Cada niño está en el corazón de Dios desde siempre» (168). «La mujer embarazada puede participar de ese proyecto de Dios soñando a su hijo: Toda mamá y todo papá soñó a su hijo durante nueve meses (...). No es posible una familia sin soñar» (169). Es importante recoger este estilo bergogliano de hablar. No insiste en normas (no abortar) sino en la belleza de ser madre.

En la familia hay que practicar una “espiritualidad de la presencia”. Se tienen hijos no para transferirlos a otros, para colocarlos o abandonarlos en las manos de otros cuidadores. Todo niño tiene dere-

<sup>12</sup> J. DE LA TORRE, *Humanae vitae 14: una propuesta desde Amoris laetitia*, (Santander: Sal Terrae, 2018).

cho a recibir el amor de una madre y un padre y también del amor “entre” ellos, percibido como fuente de la propia existencia (172). Francisco está preocupado por el sentimiento de orfandad que viven hoy muchos niños y jóvenes: «no podemos ignorar la necesidad que tienen los niños de la presencia materna (...) El debilitamiento de la presencia materna con sus cualidades femeninas es un riesgo grave para nuestra tierra» (173). La figura paterna ayuda a percibir los límites de la realidad, orienta, invita al esfuerzo y la lucha (175). Hay roles y tareas flexibles pero «la presencia clara y bien definida de las dos figuras (...) crea el ámbito más adecuado para la maduración del niño» (175). La palabra presencia se repite constantemente y de ahí el problema del padre ausente (176). Los hijos necesitan un padre que los espere cuando regresan de sus fracasos (177).

Una de las aportaciones más singulares y decididas es esa espiritualidad de la fecundidad ampliada que brota del texto. Francisco habla de modo extenso de un modo amplio de fecundidad que rompe los muros del hogar y se abre a una dimensión social. La adopción es una forma de generosidad que supone «regalar una familia a quien no la tiene» (179) y expresa una fecundidad particular (180). Las familias con muchos hijos están llamadas a dejar su huella en sociedad y no ser un recinto llamado a protegerse de la sociedad (181). La familia de Jesús estaba cercana a todos y se movía a gusto en la familia ampliada (182). Dios ha confiado a la familia el proyecto de hacer “doméstico” el mundo lo cual supone «familias abiertas y solidarias hacen espacio a los pobres» (183). Este “corazón ampliado” tiene de fondo una espiritualidad eucarística (1 Cor 11,17-34) que busca la integración de todos en un único cuerpo, la comunión en la mesa con los descartables evitando divisiones y discriminaciones. Francisco recuerda que «la mística del sacramento tiene un carácter social» (186).

Por ese motivo, el pequeño núcleo familia no debería aislarse de la familia ampliada (tíos, primos, e incluso vecinos) ya que «puede haber algunos necesitados de ayuda, compañía, consuelo ante el sufrimiento» (187). Pero esta fecundidad ampliada no es un añadido idealista o voluntarista sino que tiene raíces espirituales muy hondas en el ser relación de Dios y del hombre. Para Francisco nos constituyen los vínculos. Nuestro ser está constituido por cuatro relaciones fundamentales: ser hijo, ser nieto (los ancianos arraigan a los niños en

el suelo de una historia colectiva), ser hermanos (nos enseñan la convivencia, la fraternidad) y ser cónyuge (189-195).

Esta concepción de fecundidad ampliada cristaliza en un concepto de familia ampliada donde «también se integran los amigos y las familias amigas, e incluso las comunidades de familias que se apoyan» (196). Esta familia ampliada debería integrar madres adolescentes, madres solas, niños sin padres, personas con alguna discapacidad, solteros, separados con adicciones, personas solas, ancianos, enfermos (197). Esta fue la familia de Jesús y es la familia que invita a cultivar el papa Francisco al cristiano adulto<sup>13</sup>.

#### ESPIRITUALIDAD DEL CAMINO<sup>14</sup>

En la sexta parte de AL el papa trata algunas perspectivas pastorales. Es consciente de la necesidad de desarrollar nuevos caminos (199) sabiendo que las familias «son los principales sujetos de la pastoral familiar» (200). Francisco quiere una pastoral que descansa en las familias y en cristianos adultos y comprometidos. Son los laicos casados los que tienen que asumir esa responsabilidad.

En esta parte hay una clara espiritualidad del camino conyugal y del vínculo que va desde el momento en que dos personas se conocen hasta el momento en que uno de los dos muere. «Aprender a amar a alguien no es algo que se improvisa ni puede ser el objetivo de un breve curso previo a la celebración del matrimonio. En realidad cada uno se prepara para el matrimonio desde su nacimiento» (208).

El matrimonio no es un final sino una «vocación que los lanza hacia adelante». Por eso, la «pastoral prematrimonial y matrimonial debe ser ante todo una pastoral del vínculo, donde se aporten elementos que ayuden tanto a madurar el amor como a superar los momentos duros» (211). El amor no puede quedarse «en una mera atracción o en una afectividad difusa» profundamente frágiles para afrontar los pro-

<sup>13</sup> Cf. J. DE LA TORRE, *Jesús de Nazaret y la familia*, (Madrid: San Pablo, 2014), 129-154.

<sup>14</sup> Cf. J. M. BERGOGLIO y A. SKORKA, *Sobre el cielo y la tierra*, (Barcelona: Destino, 2013), 17 ss. Allí el papa señala con claridad: «En la experiencia personal de Dios no puedo prescindir del camino (...) A Dios se le encuentra caminando, andando, buscándolo y dejándose buscar por él».

blemas cuando la afectividad entra en crisis. Para el papa hay que ayudar a «enriquecer y profundizar la decisión de pertenecerse» (217). Por este motivo el matrimonio no puede entenderse como algo acabado. Hay un profundo dinamismo en el camino matrimonial: los esposos se convierten en protagonistas, en dueños, en personas llamadas a crecer, en proceso, en constante diálogo que elaboran su proyecto, sus medios y sus detalles (218). El camino pasa por distintas etapas que convocan a donarse con generosidad: impacto inicial, atracción, necesidad del otro, convertirse en parte de la vida del otro, vivencia de pertenencia mutua, proyecto mutuo, felicidad del otro vivida por encima de la propia.

En ese camino el papa advierte del peligro del idealismo o la impaciencia. «Una de las causas que llevan a rupturas (...) es tener expectativas demasiado altas (...) la solución no es pensar rápida e irresponsablemente en la separación, sino asumir el matrimonio como un camino de maduración» (221).

En ese camino el papa habla también de una serie de recursos que ayudan: esposos con experiencia, espiritualidad familiar, oración, eucaristía dominical, prácticas de devoción, eucaristías para familias sobre todo en aniversarios (223), tener tiempo para dialogar sin prisa (224), celebrar cosas importantes, comunicarse mejor (225), crear rutinas y cortar rutinas para celebrar, sorprenderse (226), tener espacios de oración, lectura orante de la palabra (227), retiros breves, charlas de especialistas, consultorías, movimientos, grupos de matrimonios, etc.(229).

Dentro de este camino, el papa señala que la planificación familiar presupone un diálogo consensual entre los esposos y un respeto a la persona, una decisión que debe tomarse «de común acuerdo» (*Gaudium et Spes*, 50). La elección responsable presupone formación de la conciencia (222) y un profundo diálogo con el otro lleno de respeto. El papa no entra en detalles concretos y respeta esa conciencia responsable y ese diálogo.

La espiritualidad del camino está vinculada a la crisis. AL es un texto profundamente realista que no tiene miedo de poner junto con el amor la palabra crisis.

«La historia de una familia está surcada por crisis de todo tipo, que también son parte de su dramática belleza. Hay que ayudar a descubrir que una crisis superada no lleva a una relación con menor intensidad sino a mejorar, asentar y madurar el vino de la unión (...) De ningún modo hay que resignarse a una curva descendente, a un deterioro inevitable, a una soportable mediocridad (...) Cada crisis esconde una buena noticia que hay que saber escuchar afinando el oído del corazón» (232).

Aunque la reacción inmediata es resistirse, defenderse, negar, el papa reconoce con gran agudeza que una «crisis no asumida perjudica sobre todo la comunicación» hasta convertirnos en extraños (233). Por eso lo fundamental es enfrentar las crisis. Esto sólo se hace estando presentes, creando “espacios para comunicarse de corazón a corazón”.

El papa con realismo señala que hay crisis comunes: en los comienzos, con la llegada del hijo, en la crianza, en la adolescencia del hijo, la crisis del nido vacío, en la vejez de los padres (235). Pero también hay crisis personales, económicas, laborales, sociales, afectivas, espirituales (236). En estas situaciones es esencial no culparse mutuamente. «Saber perdonar y sentirse perdonados es una experiencia fundamental en la vida familiar». El papa reconoce el difícil arte de la reconciliación que requiere muchas veces el apoyo de familiares, amigos, especialistas (236).

Francisco de nuevo alerta del peligro de los idealismos y más aún en mitad de las crisis. «Se ha vuelto frecuente que, cuando uno no recibe lo que desea, o que no se cumple lo que soñaba, eso parece ser suficiente para poner fin al matrimonio. Así no habrá matrimonio que dure». A veces basta una insatisfacción, una ausencia. «Hay situaciones propias de la inevitable fragilidad humana, a las que se otorga una carga emotiva demasiado grande»: un amor no totalmente correspondido, el atractivo de otras personas, los cambios físicos, los nuevos intereses. El papa afirma que «más que atentados contra el amor invitan a recrearlo» (237). Francisco, con enorme sabiduría, integra con realismo la inevitable fragilidad humana.

En el contexto de la crisis, algunas personas «tienen la madurez necesaria para volver a elegir al otro como compañero de camino más allá de los límites (...) valoran las limitadas posibilidades que les da la vida en familia y apuesta por fortalecer el vínculo» (238).

Pero el papa reconoce que en otros la relación se ha roto. Entramos ya no en una espiritualidad de la crisis sino del fracaso. El papa señala tres cuestiones importantes. La primera es el problema de los que no han sanado las heridas de alguna etapa de su vida (niñez, adolescencia) estancando su forma de amar (egocéntrico, crítica, fantasía) (239) limitando su capacidad de confiar y entregarse necesitando reconocer esas heridas y sanarlas (240). La segunda es la dificultad de afrontar las crisis: se afrontan de modo superficial, sin la valentía de la paciencia y del diálogo sincero. Los fracasos dan origen a nuevas relaciones, parejas, uniones (41) y les cuesta crecer. La tercera es el reconocimiento de ciertas situaciones dramáticas dentro de la pareja como la prepotencia, la violencia, la indiferencia. En un texto valiente y claro el papa señala:

«En algunos casos, la valoración de la dignidad propia y del bien de los hijos exige poner un límite firme a las pretensiones excesivas del otro, a una gran injusticia, a la violencia o a una falta de respeto que se ha vuelto crónica. Hay que reconocer que hay casos donde la separación es inevitable. A veces puede llegar a ser incluso moralmente necesaria» (241).

Para Francisco hay que valorar especialmente el dolor de los que han sufrido injustamente la separación, el divorcio o el abandono o se ven obligados a romper por los maltratos del cónyuge. En estas situaciones hay que cuidar el alma de los hijos (245). Por eso «nuestra tarea pastoral más importante es fortalecer el amor y ayudar a sanar las heridas» (246) en tantas situaciones dolorosas.

Este camino del vínculo conyugal acaba afrontando el tema de la muerte del otro y del luto. El papa reconoce que el duelo puede llevar bastante tiempo y pasa por diversas etapas pero invita a no prolongar innecesariamente el sufrimiento.

«En algún momento del duelo hay que descubrir que quienes hemos perdido un ser querido todavía tenemos una misión que cumplir, y que no nos hace bien querer prolongar el sufrimiento, como si eso fuera un homenaje. La persona amada no necesita de nuestro sufrimiento ni le resulta halagador que arruinemos nuestras vidas. Tampoco es la mejor expresión de amor recordarla y nombrarla a cada rato (...). El amor tiene una intuición que le permite escuchar sin sonidos y ver lo invisible» (255).

La espiritualidad cristiana se asienta en la esperanza de que nuestros seres queridos están en las manos de Dios.

«Nos consuela saber que no existe la destrucción completa de los que mueren, y la fe nos asegura que el Resucitado nunca nos abandonará. Así podemos impedir que la muerte envenene nuestra vida, que haga vanos nuestros afectos, que nos haga caer en el vacío más oscuro» (256).

El papa invita a comunicarnos con los seres queridos que murieron (257) y a luchar por volver más plenos a la vida:

«Mientras mejor vivamos en esta tierra más felicidad podremos compartir con los seres queridos en el cielo. Mientras más logremos madurar y crecer, más cosas lindas podremos llevarles al banquete celestial» (258).

#### ESPIRITUALIDAD EDUCATIVA

El capítulo séptimo está marcado por una espiritualidad de la presencia. «La familia no puede renunciar a ser lugar de sostén, de acompañamiento, de guía, aunque deba reinventar sus métodos y encontrar nuevos recursos. Necesita plantearse a qué quiere exponer a sus hijos» (pantallas, tiempo libre). Todos educamos y es importante que la presencia de los padres sea una educación consciente y responsable. El tiempo que pasamos con los hijos hablando con cariño de las cosas importantes evita una nociva invasión. «Siempre hace falta una vigilancia. El abandono nunca es sano. Los padres deben orientar y prevenir» (260).

«Cuando un hijo ya no siente que es valioso para sus padres, aunque sea imperfecto, o no percibe que ellos tienen una preocupación sincera por él, eso crea heridas profundas que originan muchas dificultades en su maduración. Esa ausencia, ese abandono afectivo, provoca un dolor más íntimo que una eventual corrección recibida por mala acción» (263).

La espiritualidad de la presencia es una espiritualidad que educa en la libertad. La «obsesión no es educativa» pues «no se puede tener un control de todas las situaciones». Para Francisco «se trata de generar procesos más que de dominar espacios». La obsesión por saber dónde está, por controlar movimientos sólo dominará su espacio pero «no lo educará, no lo fortalecerá». Lo que interesa es generar procesos de maduración de su libertad, capacidades, crecimientos, auténtica autonomía. Central no es saber donde está físicamente sino donde

está existencialmente (261). La educación es tarea de promover libertades responsables (262).

Esta educación en una libertad responsable se logra educando inclinaciones afectivas a favor del bien. «Es necesario desarrollar hábitos» (266). «La educación moral es un cultivo de la libertad (...) La virtud es una convicción que se ha transformado en un principio interno y estable de obrar. La vida virtuosa, por lo tanto, construye la libertad, fortalece y la educa». Se trata de «actuar movido e inducido personalmente desde dentro» no esclavo de inclinaciones compulsivas deshumanizantes o antisociales (267).

Para adquirir libertad es necesario educar en el límite y la disciplina. Sensibilizar «que las malas acciones tienen consecuencias. Hay que despertar la capacidad de ponerse en el lugar del otro y de dolerse por su sufrimiento cuando se le ha hecho daño (...) Es importante orientar al niño con firmeza a que pida perdón y repare el daño realizado a los demás» (268). Hay que corregir reconociendo los esfuerzos, con amor. Con gran sensatez y realismo Francisco señala: «Además, un adulto debe reconocer que algunas malas acciones tienen que ver con la fragilidad y los límites propios de la edad» (269). La disciplina, en todo caso, debe ser un estímulo para crecer, un límite constructivo y no una limitación del deseo. No se pueden pedir cosas que signifiquen un sacrificio desproporcionado. Hay que proponer pequeños pasos, renunciando proporcionadas (271), avanzar según edad y posibilidades, gradualmente. La libertad requiere siempre cauces y estímulos (273).

La familia, por eso, es el lugar donde «se aprende el buen uso de la libertad», donde las inclinaciones incorporadas en niñez permanecen toda la vida: el uso de las tecnologías, la vecindad, los hábitos de consumo, la ecología, la sensibilidad ante la enfermedad y la debilidad humana (277)<sup>15</sup>.

#### ESPIRITUALIDAD DE LA VULNERABILIDAD

El capítulo octavo lleva por título «Acompañar, discernir e integrar la fragilidad». En su profundidad no debe ser leído de manera

<sup>15</sup> Un buen desarrollo de los aspectos educativos puede encontrarse en: F. SEBASTIÁN, *Diez cosas que el papa Francisco quiere que sepas sobre la familia*, (Madrid: Claret, 2016), 93-114.

reductiva como unas páginas dedicadas al “problema” del acceso a la comunión de los divorciados vueltos a casar. Es mucho más que eso. Es todo un tratado de espiritualidad. Subyace una espiritualidad de la mirada atenta a la fragilidad y de la gradualidad del crecimiento<sup>16</sup>. La Iglesia, «consciente de la fragilidad de muchos de sus hijos», «mira con amor a quienes participan de modo incompleto, reconociendo que la gracia de Dios también obra en sus vidas». La Iglesia debe «acompañar a sus hijos más frágiles (...) iluminar a los que han perdido el rumbo (...) No olvidemos que, a menudo, la tarea de la Iglesia se asemeja a la de un hospital de campaña» (291). Ante las formas familiares que realizan el ideal parcialmente, «la Iglesia no deja de valorar los elementos constructivos» (292). Por eso es importante un

«diálogo que ponga de relieve los elementos de su vida que lleven a una mayor apertura al evangelio del matrimonio en su plenitud, valorar aquellos signos de amor que de algún modo reflejan el amor de Dios, afrontar las situaciones de manera constructiva transformándolas en oportunidad de camino» (293-4).

Esta espiritualidad lleva al camino de la integración. No se puede condenar a nadie para siempre. Hay que evitar juicios que no toman en cuenta la complejidad de las diversas situaciones y hay que estar atentos al modo en que las personas viven y sufren a causa de su condición (296). Ese integrar a todos implica que cada uno debe encontrar su propia manera de participar en la comunidad eclesial. La lógica de la integración es la clave del acompañamiento pastoral. Para el papa, todos pertenecen al cuerpo de Cristo que es la Iglesia, todos son bautizados, todos pueden tener una experiencia feliz y fecunda, en todos el Espíritu derrama en ellos dones y carismas (299).

Todo este camino conlleva una espiritualidad del discernimiento. El papa sabe que muchas cuestiones no se solucionan con nuevas normas universales. Sólo cabe un nuevo aliento a un responsable discernimiento personal. El papa señala que para integrarnos más profundamente en el corazón de la Iglesia es útil un examen de conciencia: preguntarse, reflexionar sinceramente, conversar con un sacerdote para descubrir los pasos que hacen crecer. A ello estamos llamados muchos y no sólo los divorciados vueltos a casar o los casados civil-

<sup>16</sup> Cf. T. MIFSUD, *Una espiritualidad desde la fragilidad*, (Bilbao: Mensajero, 2016).

mente. El discernimiento debe hacerse con humildad y amor a la Iglesia (300). A veces la apariencia no ideal puede deberse a que se desconozcan las normas, a la falta de libertad, a no comprender los valores (301), a condicionamientos que disminuyen o eliminan culpabilidad (violencia, temor, hábitos, factores psíquicos o sociales) que hacen difícil actuar de modo diverso (302).

Ese camino hacia una mayor participación y vivencia eclesial supone alentar la maduración de una conciencia iluminada, formada y acompañada por el discernimiento. Nuestra conciencia puede reconocer que la situación no responde objetivamente a la propuesta del Evangelio. Pero también «puede reconocer con sinceridad y honestidad aquello que, por ahora, es la respuesta generosa que se puede ofrecer a Dios, y descubrir con cierta seguridad moral que esa es la entrega que Dios mismo está reclamando en medio de la complejidad concreta de los límites aunque todavía no sea plenamente el ideal objetivo» (303). Esa finura espiritual que descubre en la entrega que se hace en mitad de la fragilidad algo agradable a Dios es un signo de una gran madurez espiritual.

Esto implica la superación de un modelo de espiritualidad y moral basado en normas generales que no abarcan nunca todas las situaciones particulares (304)<sup>17</sup>.

«Un pastor no puede sentirse satisfecho solo aplicando leyes morales... como si fueran rocas que se lanzan... y juzgar, a veces con superioridad y superficialidad los casos difíciles y las familias heridas (...) A causa de los condicionamientos o factores atenuantes, es posible que en medio de una situación objetiva de pecado (...) se pueda vivir en gracia de Dios, se pueda amar, y también se pueda crecer en la vida de gracia (...) el discernimiento debe ayudar a encontrar los posibles caminos de respuesta a Dios y de crecimiento en medio de los límites. Por creer que todo es blanco o negro a veces cerramos el camino de la gracia y del crecimiento y desalentamos caminos de santificación que dan gloria a Dios. Recordemos que un pequeño paso, en medio de los límites humanos, puede ser más agradable a Dios que la vida exteriormente correcta de quien transcurre sus días sin enfrentar importantes dificultades» (305).

<sup>17</sup> F. VIDAL, P. TORRES y M. VIDAL, *Amoris laetitia y los desafíos pastorales para la Iglesia*, (Madrid: PPC, 2017), 160-162.

La conclusión es clara y de una enorme hondura: «Jesucristo quiere una Iglesia atenta al bien que el Espíritu derrama en medio de la fragilidad», una Iglesia compasiva con los frágiles, una Iglesia que entra «en contacto con la existencia concreta de los otros y conozcamos la fuerza de la ternura» (308). Esa mirada atenta y compasiva con la fragilidad es la misericordia. De ahí que «la misericordia del Hijo de Dios que sale a encontrar a todos sin excluir a ninguno» (309) «es el criterio para saber quiénes somos sus hijos». No somos controladores de la gracia sino facilitadores. La Iglesia no es una aduana sino una casa paterna (310). La misericordia es el amor inclinado a comprender, perdonar, acompañar, esperar, integrar. «Es la lógica que debe predominar» (312) en el corazón del cristiano adulto.

#### ESPIRITUALIDAD DOMÉSTICA. EL VÍNCULO HABITADO POR EL AMOR DIVINO

La espiritualidad adulta que transmite Bergoglio en *AL* es una espiritualidad de la presencia viva de Dios en el hogar. «Quiero contemplar a Cristo vivo presente en tantas historias de amor e invocar el fuego del Espíritu sobre todas las familias del mundo» (59). Aunque sea hoy difícil transmitir la fe por los ritmos de vida y la complejidad de la vida social, el hogar «debe seguir siendo el lugar donde se enseña a percibir las razones y la hermosura de la fe, a rezar y a servir al prójimo». Esto supone «que los padres vivan la experiencia real de confiar en Dios, de buscarlo». Los padres son los evangelizadores de su propia familia (287). No debe ser una teoría o una doctrina sino una experiencia viva. La presencia del Señor habita en la familia real y concreta en gestos y en encuentros. Dios tiene allí su morada. «En definitiva, la espiritualidad matrimonial es una espiritualidad del vínculo habitado por el amor divino» (315). Por eso, la comunión familiar es el «camino de santificación en la vida ordinaria y de crecimiento místico», es «ocasión para abrir más y más el corazón. La familia no aleja de los hondos deseos espirituales» sino que es un camino que «puede llevar a las cumbres de la unión mística» (316).

Esta presencia viva se concentra en Cristo, que unifica e ilumina toda la vida familiar, tanto en las dificultades, participando de la cruz de Cristo, como en el gozo participando de la Resurrección (317). Por eso es tan central la oración en familia. «Se pueden encontrar unos

minutos cada día para estar unidos ante el Señor vivo, decirle las cosas que preocupan» (318). Esta vivencia religiosa es también fundamental para transmitir la fe a los niños que necesitan símbolos, gestos, narraciones, estimular sus propias experiencias, testimonios luminosos. También recuerda que la piedad popular tiene «mayor fuerza evangelizadora que todas las catequesis y todos los discursos» (288).

La familia tiene una espiritualidad hospitalaria y del cuidado. La «familia ha sido siempre el hospital más cercano» (321). Su tarea ha sido siempre curar, consolar, mirar, acariciar, abrazar, soñar juntos. Toda la vida de la familia es un «pastoreo misericordioso» que cuida y espera del otro «algo indefinible e imprevisible» (322). Pero esa hospitalidad familiar es amplia pues busca acoger y salir «hacia los demás, especialmente los más pobres y abandonados» (324).

Subyace en todos los capítulos una espiritualidad del amor exclusivo, de lo profundo que supone pertenecer por completo a una persona. Es ese “sentirse vivido” que hablaba nuestro poeta Salinas. El papa habla de una «pertenencia del corazón» al levantarse, al dormir, siempre (319). No se trata de ser dueños, ni de que el otro sacie mis necesidades (320). Es algo más hondo.

Y todo este camino termina como comienza, con una espiritualidad de la mirada. Contemplar a cada ser querido con los ojos de Dios y reconocer a Cristo en él requiere una mirada atenta al otro que posea una dignidad infinita por ser objeto del amor inmenso del Padre. Es la mirada del que suscita «en el otro el gozo de sentirse amado» y la mirada exquisita a los límites del otro (323).

#### CONCLUSIÓN. ESPIRITUALIDAD TRINITARIA

En la conclusión aparece de nuevo ese dinamismo del amor frágil dentro de la comunión trinitaria.

«ninguna familia es una realidad celestial y confeccionada de una vez para siempre, sino que requiere una progresiva maduración de su capacidad de amar. Hay un llamado constante que viene de la comunión plena de la Trinidad (...). Todos estamos llamados a mantener viva la tensión hacia un más allá de nosotros mismos y de nuestros límites (...). Caminemos familias, sigamos caminando. Lo que se nos promete es siempre más. No desesperemos por nuestros límites, pero tampoco renunciemos a

buscar la plenitud de amor y de comunión que se nos ha prometido» (325).

AL es un texto claro que no requiere muchas interpretaciones. AL ofrece una espiritualidad dinámica y de crecimiento desde abajo, desde los límites, dificultades y problemas en que viven la mayoría de las parejas y las familias, la mayoría de los que viven vinculados, que lógicamente sufren el doble que los que viven solos, la mayoría del santo pueblo de Dios.

Ese dinamismo se inserta en el espíritu que habla en la conciencia y en el diálogo, en el discernimiento y en las decisiones tomadas en el camino, en las crisis y la fragilidad, en los fracasos y en la muerte del otro. Esta espiritualidad adulta se encarna en los pequeños gestos, las acciones concretas, los acordes cotidianos, los afectos y la fecundidad ampliada fruto de un vínculo vivido y habitado por el amor divino.

Dicha espiritualidad se alimenta de una experiencia de Cristo vivo en la oración, en el hogar, en la eucaristía dominical, en la devoción popular y en los símbolos e historias que tocan el corazón. Es una espiritualidad realista, doméstica, de la presencia trinitaria en el hogar que ha dejado a un lado los idealismos, los normativismos y los perfeccionismos para vivir en un amor de relación y de comunión.